

un mal físico. Ella misma no se hallaba buena: estaba fatigada del carruage, y habia esperado que el reposo le volviera algunas fuerzas; pero á la mañana, cuando estaba dispuesta á tomar un poco el sueño, la gritería de los niños no le permitió cerrar los ojos. Con el temor de que su padre tuviese necesidad de su asistencia, se levantó. Tuvo mucha dificultad en vestirse por sí misma, tan débil estaba. Encontró á su padre aun en cama, pero despierto. El le dió los buenos días con una sonrisa lánguida, y tendió su débil mano diciéndole: que la alegría era enemiga del descanso tanto como el mismo dolor, y que el placer de volverla á ver le habia despertado ántes de lo acostumbrado.

Después la hizo sentar á su lado, fijó sus ojos sobre ella con una ternura inexplicable, y le dijo: yo os puedo dirigir estas palabras de la santa escritura: dejadme ver vuestro semblante y oír vuestra voz; pues vuestra voz es dulce y vuestro semblante agradable, y cuando os miro mi alma está trasportada de placer.

La olla estaba ya al fuego. Amanda acrec6 á la cama la mesa del té, y le dió su desayuno. Al tomarle de las manos de su hija levantó sus ojos al cielo para darle gracias del bien inestimable que acababa de recibir. Después del desayuno quiso levantarse, y mientras se vestía, Amanda salió

y se fué al jardín, si se puede llamar con este nombre un pequeño terreno estrecho, plantado todo de verzas y patatas, cerrado de una pequeña pared de piedra seca y zarzas. La primavera principiaba, el día era hermoso, las nubes se disipaban, y el cielo tenia un azul claro. El verde oscuro de las hojas de la zarza era realzado por el color encarnado bajo de sus flores. Los copos de primaveras crecian bajo su abrigo; la tierra que se levantaba en dulce pendiente sobre el jardín, estaba cubierta de un verdor vivo y fresco, y sembrado de margaritas; y los pájaros volando de una mata á otra parecia que con sus alegres cantos celebraban y saludaban la primavera.

Mas estos objetos tan dulces no podian tener ya los mismos encantos que habian tenido para Amanda. Se veia solitaria y sin consuelos; la naturaleza y sus bellezas ya no la interesaban. Ella se sentó sobre una piedra al último del jardín, esperando que la frescura del viento de la mar calmara su calentura. ¡Ah! se decia á sí misma, ¿qué diferente es mi situacion actual de la del año último en esta misma época?

No nadaba en la abundancia; pero tampoco pasaba en la indigencia. Tenia la esperanza de ver á mi padre juntar una pequeña fortuna; estaba yo como la flor de las montañas que crece á la aproximacion de la estacion del verano; pero que veo pe-

recer víctima del invierno de la pobreza.

Traía á la memoria el pensamiento casi profético que le habia hecho decir en su última mansion en Tudor-Hall. „Cuando estos bosques volverán á tomar sus ricos adornos, y resonarán de nuevo cánticos melodiosos; cuando estas flores abrirán su campanilla en fuerza de los rayos del sol, ¿dónde estaré yo? Muy léjos puede ser de estas sombras deliciosas, y puede ser abandonada y olvidada de aquel á quien pertenecen.

Ella en efecto estaba abandonada, si no olvidada de Mortimer, y no se presentaba á su memoria sino como culpable y digna de su menosprecio. Esto causaba á Amanda una agonía insoportable. El nombre de Mortimer ya no era un atractivo que adormecía sus dolores, y pronunciándole no hacia mas que acrecentar sus penas.

Mientras se abandonaba á estas tristes reflexiones, uno de los muchachos vino á avisarla que su padre podia recibirla. Con esto se apresuró y le encontró en una gran silla de brazos. Los estragos de la enfermedad y del disgusto le parecieron mas señalados que en la víspera. Su hermosa figura estaba absolutamente destruida, y parecia tener ya un pié en la tumba. El dolor de Amanda á este espectáculo fué extremo, y se manifestó en su semblante. El lo conoció, y procuró calmarla y conso-

larla. Ella le habló de llamar á un médico que al principio rehusó, pero en seguida cedió á ello para tranquilizarla, prometiendo que al dia siguiente veria á uno, pues que lo deseaba.

Este era domingo, y quiso que ella le leyese el rezo del dia. Habia una Biblia encima de la mesa, leyó estas palabras: „Deja á mi cuidado tus hijos huérfanos, y yo les serviré de padre.” Lágrimas caian de los ojos de Fitzalan, y poniendo su mano sobre el libro exclamó: ¡qué palabras de consuelo! ¡qué dulces son para el corazon de un padre agitado de una tierna inquietud! Sí, Dios de toda bondad, con la mayor alegría dejo en vuestras manos á mi hija, pues sois un amigo que jamas la abandonaréis. Suplicó á Amanda que prosiguiese. Su voz era débil é interrumpida, y las lágrimas que procuraba detener, corrian sobre sus mejillas.

Quando hubo acabado, Fitzalan le rogó que se acercase y le contase todo lo que le habia sucedido durante su mansion en Lóndres. Ella le instruyó de todo lo que le habia pasado, hasta la época en que fué á vivir en casa la marquesa, y no le disimuló las esperanzas y los temores de que habia estado agitada en su amistad con Mortimer, los esfuerzos del Lord para conducirla á contraer con él un casamiento secreto, y la formal denegacion que habia hecho de acceder á semejante accion.

Un rayo de alegría brilló en el semblante de Fitzalan. Vos os habeis conducido, le dijo él, como lo esperaba. Yo me honro con tener una hija tal, y estoy mas que nunca indignado contra Lord Cherbury por sus viles sospechas. Amanda estaba convencida de que estas sospechas habian sido inspiradas á Lord Cherbury por las mismas personas que habian procurado destruir su reposo y su reputacion. Pero no queria noticiar á su padre esta idéa, ni los tratamientos que habia sufrido despues que hubo entra to en la casa de Rosline. Cuando su padre le pidió que continuase su relacion, la voz comenzó á faltarle; su espíritu se turbó, y su semblante descubrió su grande agitacion: la memoria de las terribles escenas que habian pasado en Portman-Square, renovaban en ella sus impresiones. Ella hubiera querido tenerlas ocultas á su padre, pero conoció en fia que le era imposible escapar de sus instadas y multiplicadas preguntas.

¡Gran Dios! dijo él despues de haberla oido; ¡qué espantosa combinacion de crueldad y engaño! ¡Monstruos! ¡cómo no habeis tenido lástima de una criatura jóven, inocente y sin apoyo! La mano de fierro de la desgracia ha sido mas pesada con vos, hija mia; pero despues de la conducta de la marquesa con vuestra madre, nada de su parte me admira.

„beros consultado sobre esta resolucion.  
 „He temido que vuestra ternura por mí  
 „no se opusiese á mi proyecto, ó que me  
 „enviaseis socorros, que serian sacados  
 „de vuestras necesidades y de las de  
 „mi hermana, lo que me habria dado  
 „un pesar mortal. Yo soy jóven, y tengo  
 „salud y ánimo. Aun no me da pena  
 „hacer mis adelantos en el mundo. He  
 „evitado haceros una visita de despedida,  
 „que habria sido dolorosa para todos. Os  
 „escribiré luego que haya llegado al lugar  
 „de mi destino. Me alegro de saber  
 „que Amanda está con Lady Greystock.  
 „¡Puedan vuestras desgracias ser reparadas,  
 „y encuentre mi hermana la felicidad que  
 „merece! Os suplico que no turbe vuestro  
 „reposo una inquietud demasada sobre mi  
 „suerte. Os repito aun que no dudo que  
 „tendré fortuna en la carrera en que voy á  
 „entrar. La Providencia, en quien he puesto  
 „mi confianza, me sostendrá, y me reunirá  
 „algun dia con las personas que son tan  
 „queridas de mi corazón. Recibid mi á Dios,  
 „y las seguridades de mi respeto y reconocimiento.

OSCAR FITZALAN.”

Esta carta fué un golpe terrible para el corazón de Amanda. Ella se habia lisonjeado de poderse reunir con Oscar, y que la presencia de su hermano aliviaria la triste-

za de su padre y la suya. Al pensar en las dificultades que Oscar iba á encontrar en el camino de la vida, sin fortuna y sin amigos, derramaba lágrimas, y temia no verle jamas. Su padre le rogó por su amor que no se afligiese así. El contaba con ella como un apoyo y un consuelo, y le suplicó que no engañase su esperanza. Ella enjugó sus lágrimas, y sin poder sujetar su dolor, procuró manifestarle.

Jonathan y Kate vinieron en el discurso del dia á preguntar si podian servir en algo á Miss Fitzalan. Amanda obligó á Jonathan á que fuéase á buscar un médico al dia siguiente, y dió á Kate la llave de un armario, en donde habia dejado diferentes efectos, que queria le enviasen por la tarde. Mistris Bryne les dió un pollo para comer, y Fitzalan manifestó alguna serenidad, y se encontró mejor que el dia anterior.

Jonathan habia desempeñado puntualmente la comision de Amanda, y condujo un médico al dia siguiente por la mañana. Fitzalan habia pasado mala noche, y Amanda se felicitó de haber exijido que su padre llamase un hombre del arte.

Algunos momentos despues de la llegada del médico salió del aposento para darle mas libertad, y no distraer su atencion, y se esperó afuera con la mayor inquietud.

Cuando el médico salió, le preguntó temblando lo que pensaba del enfermo, suplicándole no la engañase. El meneó la cabeza, y le aseguró que decia siempre la verdad. El capitan está en una situacion delicada; pero los remedios que le tengo ordenados y los baños del mar lo sacarán de ella: ha sido una felicidad haberme enviado á buscar á tiempo. Habló de las curas maravillosas que habia hecho, admiró la hermosa vista que tenia la casa, y se despidió de Amanda con aquel modo suelto y desémbarazado que creia ser de gentes de buen tono.

Estaba ella dispuesta á esperar el restablecimiento de su padre, como un desgraciado que se anega, y se agarra de todo lo que puede. Abrazaba esta débil esperanza, y descuidaba sus propios males para dar á su padre su continua asistencia. Habria pasado las noches á su lado, si él no se hubiese absolutamente opuesto.

Fitzalan recibia de las manos de su hija los remedios que le habian ordenado; pero en sus miradas dejaba ver que no creia sacar alivio alguno de ellos. Sin embargo, hacia todo lo que ella queria. Levantaba á menudo los ojos al cielo para pedirle la prolongacion de los dias aun necesarios á la felicidad de su hija, cuyos cuidados merecian esta recompensa.

Cuatro dias se pasaron empeorándose siempre el mal, y las promesas del médico perdieron todo su crédito en el concepto de Amanda. Su padre decl'naba de hora en hora, y solo podia levantarse un momento por la tarde para dejar hacer la cama. El no se quejaba de dolores vivos; pero se extinguia poco á poco. Ya no podia entretenerse sino algunos momentos con su hija. En sus discursos procuraba inspirarle el valor y la resignacion que iban á serle muy necesarios en la ceremonia de un próximo y triste acaecimiento. Todas las veces que él hacia alguna alusion á esta idea, Amanda sufría mas allá de toda expresion. Pero Fitzalan creia deber aprovechar todas las ocasiones de darle reglas de conducta, que pudiesen servirle cuando habria perdido en él su protector y su guia. Algunas veces le recordaba lo pasado; pero sólomente para hacerla mas circunspecta en lo sucesivo.

Tambien le mandó evitar en adelante toda intimidad con Lord Mortimer; medida única que podia volverle su tranquilidad, salvar su reputacion, y destruir, añadió, las injuriosas sospechas de Lord Cherbury, hacerle conocer toda su injusticia, y hacerle sentir remordimientos cuando su piera que no estaba ya en su poder el repararla.

Amanda le prometió observar religiosa-

mente todo lo que le prescribió. El deseo que su padre le manifestaba de que evitase en adelante á Lord Mortimer, le parecia á la verdad una precaucion inútil, convencida como estaba de que Mortimer la habia del todo abandonado. Este pensamiento le causaba un grande dolor, pero ella se lisonjeaba de que conseguiria al fin superarlo si su padre recobraba la salud, pues entónces obligada á emplearse entéramente con él y consagrarle sus cuidados activos y sostenidos, no tendria tiempo de alimentar inútiles pesares y memorias dolorosas de lo pasado.

Una semana se pasó aun de este modo, durante la cual Amanda vió que su padre se debilitaba de dia en dia. Ella le ayudó una tarde como de ordinario á levantarse un momento. Cuando estaba levantado se quejó de opresion, y pidió que se le condujese cerca de una ventana para respirar el aire. Ella abrió la ventana y le hizo sentar, y poniéndose de rodillas delante de él le ciñó con sus brazos, y fijó sobre él tiernas é inquietas miradas.

La tarde era muy bella. El sol se ponía con toda su pompa, y el mar alumbrado por sus rayos oblicuos, parecia un mantel de plata. ¡Qué bello espectáculo! exclamó Fitzalan, ¡con qué calma y magestad baja el sol sobre el horizonte! Tal

debe ser, á lo que creo, el fin del hombre de bien.

Despues de un silencio de algunos minutos, levantando sus ojos al cielo, exclamó: Dios poderoso y bueno, yo habria deseado prolongar mis dias por el amor de esta criatura jóven, á quien dejo sin apoyo; pero hágase vuestra voluntad y no la mia. Ya la dejo en vuestras manos, y mi confianza en vuestros cuidados por ella me hace soportar con algun valor esta cruel separacion.

Las lágrimas de Amanda corrian. Levantando Fitzalan las manos de su hija que estaban mojadas de ellas, las besaba exclamando. ¡Lágrimas preciosas! Mi querida Amanda, no os afijais tan amargamente por mí; pensad que soy un viajero fatigado, y que el descanso me será dulce. Ella le interrumpió y suplicó que mudase de discurso. El sacudió tristemente la cabeza, apretó las manos de Amanda entre las suyas y dijo.

Escuchadme, mi querida hija, aun algunos momentos. Cuando volveréis á ver vuestro hermano, que yo espero será pronto, aseguralde que moribundo le he dado mi bendicion, la sola herencia que puedo dejarle, pero que él merece, y la que estoy seguro que estimará en grande precio. Por vos, mi querida hija, no dudo que encontraréis un protector y un amigo. Puede

ser que ámbos seais indemnizados algun dia de todo lo que habéis sufrido. La Providencia es justa, y hará felices á los hijos de mi querida y desgraciada Malvina.

La conversacion le habia fatigado. Amanda le ayudó á acostarse, y le instó á tomar algunas gotas de cordial. El consintió; pero miéntras estaba ocupada vertiéndole vuelta de espaldas á la cama, oyó un profundo gemido. La botella cayó de sus manos, corrió á la cama y vió á su padre sin sentido. Ella imaginó que era una debilidad pasajera, y llamó socorro. Mistriss Bryne, su marido y la abuela corrieron. Pusieron á Fitzalan sentado, le frotaron las sienes y las manos con una agua espirituosa. Todo fue inútil, era muerto.

Habiendo Amanda perdido toda su esperanza, se arrojó sobre este cuerpo inanimado, le apretó contra su seno, y ella tambien cayó sin conocimiento sobre la cama.

## CAPITULO II.

**A**MANDA permaneció mucho tiempo sin conocimiento. Cuando volvió en si se encontró encima de un colchon colocado en tierra en un rincon del primer aposento, sin saber efectivamente donde estaba. Ella creia despertar de un sueño penoso, pero al fin recobró su memoria. Viendo á